



BP

La biblioteca del
PASTOR

EL PASTOR COMO PREDICADOR

La entrega de la Palabra de Dios con **pasión** y **poder**

JOHN MACARTHUR
EDITOR GENERAL

Nova

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-20-3

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©1980 por Grace Community Church

Publicado originalmente en inglés bajo el título:

The Shepherd as Preacher

by Harvest House Publishers

Eugene, Oregon, 97402, U.S.A.

www.harvesthousepublishers.com

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de las siguientes versiones:

Santa Biblia, Nueva Versión Internacional' NVI' ©1999 por Bíblica, Inc.®. Usada con permiso.

Reina Valera © por Sociedades Bíblicas en América Latina. Usada con permiso.

Printed in the United States of America

Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Introducción	5
1. Predicar la Palabra	7
<i>John MacArthur</i>	
2. El llamado de Dios.....	29
<i>Mark Dever</i>	
3. Epitafio de un predicador fiel	49
<i>John MacArthur</i>	
4. Traigan el Libro	69
<i>Steven J. Lawson</i>	
5. La predicación y la soberanía de Dios.....	89
<i>R.C. Sproul</i>	
6. ¿Oyó alguien, alguna vez, la voz de Dios hablando... y sobrevivió?	107
<i>Albert Mohler Jr.</i>	
7. La pasión y el poder de la predicación apostólica	129
<i>Steven J. Lawson</i>	
8. La predicación en el poder del Espíritu	149
<i>Tom Pennington</i>	
9. El arte de elaborar un sermón transformador.....	169
<i>Rick Holland</i>	
10. La predicación como de un moribundo a otros moribundos....	189
<i>Alex Montoya</i>	
11. Apolos, un auténtico ministro del evangelio.....	211
<i>Albert Mohler Jr.</i>	
12. La historia de dos predicadores.....	229
<i>John MacArthur</i>	
Notas.....	249

INTRODUCCIÓN

La primera Conferencia de Pastores se celebró el 19 de marzo de 1980, en la congregación Grace Community Church, donde 159 hombres se reunieron para enfocarse en el tema del ministerio pastoral. Desde el principio, el objetivo era poner en práctica el mandato de Pablo a Timoteo: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:2, RVR60).

Lo que comenzó como un pequeño evento se ha convertido, por la gracia de Dios, en un movimiento internacional con miles de asistentes en cada primavera. Con los años, los pastores de todos los estados de la Unión Americana y cerca de cien países han llegado a la conferencia para ser desafiados y alentados en las áreas de predicación, teología, liderazgo, discipulado y consejería. Mi propio corazón ha sido profundamente bendecido por los hombres fieles que he conocido, con los que he confraternizado en la conferencia.

Desde su creación, la Conferencia de Pastores ha ofrecido cientos de sermones dirigidos específicamente a pastores y líderes de iglesias. Debido a que la verdad de la Palabra de Dios es atemporal, esos mensajes son todavía tan ricos y poderosos hoy como cuando fueron predicados por primera vez. Es por eso por lo que estaba tan agradecido cuando Harvest House Publishers se acercó a mí con respecto a la publicación de este segundo volumen, una colección de los mensajes más memorables de la Conferencia de Pastores sobre el tema de liderazgo. Nada es más urgentemente y necesario en la iglesia de hoy que la fiel proclamación de la Palabra de Dios, por lo que un libro sobre este tema es tan oportuno. De acuerdo con las instrucciones de Pablo a

Timoteo, el objetivo de este volumen es animar a los pastores a cumplir su mandato pastoral: predicar la Palabra a tiempo y fuera de tiempo (2 Timoteo 4:2, RVR60). Los siguientes capítulos se han editado lo más mínimo posible para que reflejen el contenido original de los mensajes de la Conferencia de Pastores.

Este libro es para todos aquellos que predicán y enseñan las Escrituras, hayan estado ellos en la Conferencia de Pastores o no. Es mi oración que al leerlo, su pasión por la verdad arda más y su determinación para la gloria de Cristo se haga más fuerte a medida que tratan de servir y guiar a sus iglesias.

Para el Gran Pastor,
John MacArthur

PREDICAR LA PALABRA

«Que prediques la palabra; que instes a tiempo
y fuera de tiempo; redarguye, reprende,
exhorta con toda paciencia y doctrina».

2 TIMOTEO 4:2 RVR60



PREDICAR LA PALABRA

JOHN MACARTHUR

2 Timoteo 3:1—4:4

Hay un texto de la Escritura que me encanta y sobre el cual he predicado numerosas veces a través de los años. Es un texto que mi padre escribió dentro de la hoja de guarda de una Biblia que me dio cuando le dije que me sentía llamado a predicar. El texto es 2 Timoteo 4:2 (RVR60): «Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina».

Este breve versículo define el ministerio bíblico en un mandato central: «Predica la Palabra». A este mandato se le podría añadir 1 Timoteo 3:2 (RVR60), que dice que los pastores, supervisores y ancianos deben ser aptos para enseñar y para predicar. Debemos predicar la Palabra con habilidad. Ese es nuestro llamamiento y este versículo es concluyente puesto que habla muy concisamente llamándonos a «predicar la Palabra».

Ahora, ha de notar que el apóstol Pablo habla del tiempo y el tono de nuestra predicación. En cuanto a lo temporal, se refiere «a tiempo y fuera de tiempo». Podríamos discutir lo que eso significa, pero si puedo llevarle a una simple conclusión, las únicas posibilidades son estar a tiempo o fuera de tiempo; por lo tanto, eso significa todo el tiempo. Debemos predicar la Palabra todo el tiempo. No hay tiempo en el que cambiemos esa comisión, no hay tiempo en el que ese método ministerial se reserve para otra cosa. La predicación de la Palabra debe hacerse todo el tiempo.

En cuanto al tono, observe que es doble: hay el aspecto negativo que censura y reprende, además del aspecto positivo que consiste en tomar la verdad de Dios y exhortar a la gente con mucha paciencia e instrucción. Respecto de lo negativo debemos enfrentar el error y el pecado. En referencia a lo positivo debemos enseñar la sana doctrina y la vida piadosa. Tenemos que exhortar a las personas a ser obedientes a la Palabra, por lo que debemos tener una gran paciencia y permitirles el tiempo para madurar en su obediencia.

Si toda palabra de Dios es verdadera y pura,
y toda palabra es alimento para el creyente,
entonces toda palabra debe proclamarse.

Este es un mandato sencillo: Predica la Palabra todo el tiempo. Jesús dijo: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4). Esa verdad nos llama a un ministerio positivo en el que tratamos con cada palabra que sale de la boca de Dios. Si toda palabra de Dios es verdadera y pura, y toda palabra es alimento para el creyente, entonces toda palabra debe proclamarse.

Las personas están muriéndose de hambre por la Palabra de Dios, pero no lo saben. Están hambrientos, están tratando de alcanzar, están agarrando. Se dan cuenta de los lugares huecos de su vida, de la superficialidad, de la falta de percepción, de la falta de comprensión. No pueden resolver los problemas de la vida. Están muriendo de hambre de la Palabra de Dios y se les están ofreciendo sustitutos que no ayudan. Dios ha ordenado que su Palabra les sea suministrada porque solo ella puede alimentarlos y el método por el que se entrega es la predicación. Pablo escribió: «¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?» (Romanos 10:14). Martín Lutero dijo: «La máxima adoración a Dios es la predicación de la Palabra».¹ Dios es revelado a través de su Palabra; por lo tanto, predicar su Palabra es predicar su carácter, su voluntad y todo lo que lo define en términos verdaderos y lo exalta como debe ser exaltado.

Nuestro mandato entonces no procede de la cultura, viene del cielo. Es el Dios del cielo el que nos ha mandado a través de las páginas de la Escritura a predicar la Palabra, a predicar cada palabra y a traer a las almas hambrientas el único alimento que nutre: la verdad de Dios. La Biblia es la Palabra inerrante e infalible del Dios viviente. Es más cortante que cualquier espada de dos filos, cada palabra en ella es pura y verdadera. Debemos predicar la Palabra de Dios en su totalidad y desplegar toda su verdad. Esa es la orden.

Este mandato conciso, claro e inequívoco de predicar la Palabra es apoyado por cinco potentes realidades que nos motivan en este empeño. A pesar de que estas cinco realidades son suficientemente potentes individualmente para motivar a un hombre a predicar la Palabra de Dios, juntas proporcionan un formidable conjunto motivacional como ningún otro texto de la Escritura.

PREDICAR LA PALABRA A CAUSA DEL PELIGRO DE LOS TIEMPOS (3:1-9)

Primero, debemos predicar la Palabra a causa del peligro de los tiempos. En 2 Timoteo 3:1, Pablo comenzó su instrucción diciéndole a Timoteo: «Ten en cuenta que en los últimos días...» los últimos días comenzaron cuando el Mesías vino por primera vez. El apóstol Juan dijo: «Queridos hijos, esta es la hora final» (1 Juan 2:18). Pablo escribió: «... en los últimos días vendrán tiempos difíciles» (2 Timoteo 3:1). La frase «tiempos difíciles» puede traducirse como «épocas» más que «tiempos». No se trata de una referencia al tiempo del reloj ni al del calendario. La palabra usada aquí en el texto griego original es *kairos*, que significa estaciones, épocas o movimientos. La palabra traducida como «peligrosos» podría haber sido traducida como «salvaje». Llegarán tiempos peligrosos y arriesgados. Estos tiempos amenazarán a la verdad, al evangelio y a la iglesia. De acuerdo a 2 Timoteo 3:13, aumentarán en severidad porque los «malvados embaucadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados». Desde el comienzo de los últimos días hasta que

Jesús venga, habrá una escalada de severidad y frecuencia de estas épocas peligrosas.

Estamos hablando de movimientos y épocas que comenzaron cuando Jesús vino y comenzó la iglesia, y que han continuado de modo consecutivo. No es que vienen y van; más bien, vienen, se quedan y aumentan en frecuencia, de forma que hay mayor peligro ahora que nunca. Estas épocas definen para nosotros el peligro que amenaza la vida de la iglesia y la verdad. Veamos algunos de ellos, sugeridos por J. W. Montgomery en su libro *Damned Through the Church*.²

LAS ÉPOCAS PELIGROSAS

Sacramentalismo

La primera y más destacada época de peligro lanzada contra la iglesia comenzó en el siglo cuarto: el sacramentalismo. Esto comenzó con el desarrollo del Sacro Imperio Romano y Constantino, que se convirtió en el sistema católico romano de la salvación por ritual. La iglesia se convirtió en un sustituto de Cristo; es decir, la gente estaba más conectada a la iglesia y al sistema que a Cristo y a una relación personal con Él. El sacramentalismo se convirtió en enemigo del verdadero evangelio, enemigo de la gracia y la fe, por lo que condujo a la persecución y a la ejecución de los verdaderos creyentes. No fue sino hasta la Reforma, en el siglo dieciséis, que el sacramentalismo comenzó a debilitarse.

Racionalismo

Poco después de la Reforma llegó la segunda época de peligro: el racionalismo. A medida que la gente salía de la Reforma y entraba en el Renacimiento y la Revolución Industrial, se separaban de la institución monolítica del catolicismo romano y recuperaban su propia identidad, comenzando a pensar por sí mismos. Empezaron a descubrir, inventar cosas y desarrollarlas, y a sentir su libertad. Comenzaron a adorar a sus propias mentes, de forma que la razón humana se convirtió en dios. Thomas Paine escribió el libro *La edad de la razón*, en el que desacreditaba la Biblia y afirmaba que la mente humana es dios, por lo que la

Biblia se convirtió en esclava del racionalismo. Los racionalistas asaltaron las Escrituras y negaron sus milagros, su inspiración, la deidad de Cristo y el evangelio de la gracia, todo en nombre de la erudición y la razón humana.

Estas épocas no han desaparecido. Aún tenemos religiones sacramentales en todo el mundo y todavía tenemos racionalismo. Este último ha destruido todos los seminarios de Europa. Nunca olvidaré la vez que visité la Capilla de San Salvador en la Universidad de St. Andrews, en Escocia, y estuve de pie en el púlpito donde John Knox inició la Reforma Escocesa. En un momento en que Roma estaba en el poder, Knox predicó allí el evangelio de la gracia y la fe en medio de un sistema basado en las obras. Él tomó su posición contra ese sistema masivo y poderoso que mantenía a las personas en una servidumbre religiosa.

Afuera de esa pequeña capilla, en una de las cercanas calles adoquinadas, hay tres grupos de iniciales. Estas representan los nombres de tres jóvenes estudiantes que, a finales de su adolescencia, escucharon la predicación de John Knox, creyeron al evangelio y se tornaron a Jesucristo por fe. Como consecuencia, las autoridades católicas los quemaron en la hoguera. Como homenaje a esos estudiantes, sus iniciales fueron inscritas en el lugar donde fueron quemados. Justo al otro lado de la calle está el colegio teológico de la Universidad de St. Andrews. Todos los días, los profesores de esa escuela caminan a la taberna al otro lado de la calle, pisando las iniciales de los mártires que murieron por la verdad que estos teólogos racionalistas rechazan. Adoran al dios del intelecto humano y niegan la veracidad de la Escritura.

Ortodoxismo

Al racionalismo lo siguió el ortodoxismo, una ortodoxia fría, muerta e indiferente. Aunque en el siglo diecinueve los grandes avances en la tecnología de la imprenta permitieron la producción en masa de Biblias, muchas personas se mostraron indiferentes dado que su ortodoxia era muerta y fría. Su espiritualidad era superficial o inexistente.

Politicismo

Luego vino la política. La iglesia se preocupó por ganar poder político. Desarrolló el evangelio social, la reconstrucción y la teología de la liberación en un intento por traer el cambio a través de los medios humanos en lugar de la salvación en Cristo.

Ecumenismo

El ecumenismo fue la quinta época peligrosa y estalló durante la década de 1950. Todo el mundo estaba hablando de unidad y dejando de lado el dogma para evitar divisiones sobre cuestiones doctrinales. Eso produjo sentimentalismo y con ello vino una nueva hermenéutica para la interpretación de la Escritura llamada la «Ética de Jesús». Se definió a Jesús como un tipo agradable que nunca habría dicho nada fuerte, por lo que los defensores del ecumenismo quitaron de la Biblia el juicio y la retribución. El mal fue tolerado y la doctrina se despreció, lo que llevó a la falta de discernimiento.

Experientialismo

La sexta época fue el experientialismo, que caracterizó la década de 1960. La verdad se definió como un sentimiento que se originaba en la intuición, las visiones, las profecías o las revelaciones especiales. Uno ya no miraba hacia la Palabra objetiva de Dios para determinar la verdad, sino más bien hacia alguna intuición subjetiva. Esta perspectiva planteaba un inmenso peligro para la iglesia y alejaba a la gente de la Palabra de Dios.

Subjetivismo

La séptima época fue el subjetivismo. En la década de 1980, la psicología capturó a la iglesia y muchos creyentes se metieron en la autocontemplación narcisista. Les preocupaba si podrían ascender un poco en la escalera de la comodidad, obtener más éxito y ganar más dinero. Desarrollaron una teología centrada en el hombre y basada en las necesidades. Como resultado, la comodidad personal se convirtió en el objetivo final.

Misticismo

El misticismo fue la octava época. Se desarrolló en la década de 1990 y permitió a las personas creer en lo que quisieran. Al mismo tiempo, el pragmatismo permitía que las personas definieran al ministerio. Se dijo que la iglesia existía para servir a la gente. Un ministro determinó su plan ministerial distribuyendo una encuesta para averiguar lo que la gente quería. La verdad se convirtió en sierva de lo que funciona. La predicación exponencial fue vista como un método de entrega por correo a caballo en una era de computadoras a un montón de gente que, para empezar, no la quería. Se decía que la clave para un ministerio eficaz era la imagen o el estilo en vez del contenido.

Sincretismo

La novena época fue la del sincretismo, la creencia de que todas las religiones monoteístas adoran al mismo Dios y que todos los monoteístas van al cielo. A nuestra cultura le gusta suponer que el cielo estará ocupado por seguidores de Confucio, Buda, Mahoma, judíos ortodoxos e incluso ateos, puesto que todos buscaron la verdad. Eso es el sincretismo.

Como puede ver, la iglesia se ha enfrentado a una época peligrosa tras otra, épocas que nunca se van. Más bien se quedan y se acumulan, de modo que la iglesia se ocupe de todas ellas. Como pastor, usted se enfrenta a un formidable conjunto de fortalezas (2 Corintios 10:4-5). Son fuertes y bien diseñadas fortificaciones ideológicas que deben ser combatidas hábilmente con la verdad de Dios. Esto requiere que usted sea eficaz en el uso que haga de la Palabra. No es fácil discernir, comprender los problemas que se nos presentan, y traer la porción apropiada de la Escritura para soportar los peligros inminentes que nos rodean. La mayoría del cristianismo no se preocupa; pero nosotros que llevamos la responsabilidad como pastores del rebaño de Dios sí lo hacemos. Esos peligros se acumulan y empeoran, resultando en una falta de discernimiento y un creciente desdén por la doctrina.

El culpable y el crédulo

Al empezar en 2 Timoteo 3:2, Pablo define esas épocas peligrosas describiendo a las personas que están tras ellas. Son «gente... llena de egoísmo y avaricia; serán jactanciosos, arrogantes, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, insensibles, implacables, calumniadores, libertinos, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traicioneros, impetuosos, vanidosos y más amigos del placer que de Dios» (3:2-4). Ahora, si usted aplicara esa lista a alguien en la actualidad, ¿no sería políticamente incorrecto? ¿Puede imaginarse a alguien confrontando a otro individuo en el error y pasándolo por esa lista? Eso me recuerda el enfoque de Jesús. Él se acercaba a los líderes religiosos de su tiempo que estaban equivocados y les decía: «Ustedes serpientes, víboras, perros, inmundos, tumbas pestíferas pintadas de blanco». ¿Qué tan bien funcionaría eso hoy?

En 2 Timoteo 3:5, Pablo revela que los falsos maestros tienen apariencia de piedad. El rostro que ellos quieren representar es el de la piedad, pero el poder está ausente. No tienen el poder de Dios porque no conocen a Dios.

En la Segunda Epístola a Timoteo (3:6) continúa diciendo que «van de casa en casa cautivando a mujeres débiles cargadas de pecados, que se dejan llevar de toda clase de pasiones». Hoy entran en los hogares a través de los medios de comunicación, así como en persona, y se dirigen a las mujeres, a quienes Dios diseñó para ser protegidas por hombres fieles. Ellos cautivan a las mujeres débiles que están cargadas de pecados y les enseñan error. Al igual que Janes y Jambres, los dos magos de Egipto que se opusieron a Moisés, estos hombres se oponen a la verdad. Estos falsos maestros tienen mentes depravadas, por lo que deben ser rechazados.

Necesitamos hombres piadosos que puedan entrar en la batalla, hombres que comprendan la Palabra de Dios con claridad. Los engaños de Satanás no carecen de sutileza. No siempre es obvio en la superficie lo que realmente está pasando. Es por eso que necesitamos hombres formidables que entiendan la Palabra de Dios. Necesitamos hombres que entiendan los asuntos de su tiempo, que tengan un valor santo, y

que estén dispuestos a entrar en la batalla para poder asaltar al enemigo con gracia e implacablemente con la verdad.

En 2 Corintios 10:4 Pablo afirma que nuestra labor como pastores es destruir fortalezas ideológicas y traer a todos los que están cautivos a la obediencia a Cristo. Queremos liberar a los que están cautivos en las fortalezas que han erigido estas épocas peligrosas. Estamos llamados a custodiar la verdad y a predicarla. No podemos hacer ninguna de las dos cosas si no entendemos la verdad. Se necesitan hombres bien entrenados para enfrentarse a las sutilezas y a las variaciones de las artimañas de Satanás.

PREDICAR LA PALABRA
POR LA DEVOCIÓN DE LOS SANTOS
(3:10-14)

La segunda razón por la que debemos predicar la Palabra es por la devoción de los santos. En 2 Timoteo 3:10-11, Pablo encarga a Timoteo: «Tú, en cambio, has seguido paso a paso mis enseñanzas, mi manera de vivir, mi propósito, mi fe, mi paciencia, mi amor, mi constancia, mis persecuciones y mis sufrimientos». En otras palabras: «Timoteo, tú me seguiste, fuiste mi discípulo y yo revisé los patrones del ministerio para ti. Viste mi propósito y mi deber ministerial —enseñar y vivir— así que proclama y vive la verdad en el nombre de Jesús. Viste cómo la enseñé y la viví; esa es mi integridad». Pablo estaba rigurosamente centrado en la responsabilidad que tenía de proclamar la verdad. Y Timoteo vio la fidelidad de Pablo a este propósito. Así que perseveró en su amor por la gente y Dios, incluso frente a la persecución y al sufrimiento.

En resumen, Pablo dijo: «Viste cómo ministré. Viste la forma en que lo hice. Lo hice con amor. Lo hice con atención. Lo hice implacablemente. Lo hice pacientemente. Lo hice amorosamente. Aguanté la crítica. Aguanté el dolor. Aguanté el sufrimiento. Aguanté los encarcelamientos. Aguanté las palizas, los azotes y los apedreamientos. Estuviste conmigo en Antioquía, Iconio y Listra; tú viste todo eso».

Pablo entonces desafió a Timoteo a persistir «en lo que has aprendido y de lo cual estás convencido, pues sabes de quiénes lo aprendiste» (2 Timoteo 3:14). Así que dijo: «Timoteo, haz simple y exactamente lo que te dije que hicieras». Muchas personas hoy quieren reinventar el ministerio, ¿se has dado cuenta? Pero Pablo dijo: «Hazlo exactamente como te dije que lo hicieras».

En 2 Timoteo 3:17 (RVR60) Pablo llamó a Timoteo «hombre de Dios». Es un término técnico usado sólo dos veces en el Nuevo Testamento (en RVR60), ambas veces en Timoteo. Se usa más de 70 veces en el Antiguo Testamento, cada una de las cuales se refiere a un predicador. Pablo estaba diciendo: «Timoteo, tú eres simplemente otro hombre de Dios. Hay una larga línea de estos hombres de Dios, hombres llamados por Dios y dotados por Él para proclamar su verdad. No te puedes salir del paso. No puedes ir a tu manera o inventar tu propio enfoque. Tú eres un hombre en una larga línea de hombres que son llamados a predicar la Palabra. Es lo que debes hacer».

Así es como yo veo mi propia vida, eso me trae a la mente un recuerdo de la infancia acerca de mi abuelo. Él fue un fiel predicador de la Palabra de Dios a todo lo largo de su ministerio hasta su fallecimiento. Mientras yacía en su lecho de muerte en su casa, mi padre y yo estábamos allí, cuando mi padre le preguntó: «Papá, ¿hay algo que quieras hacer?» Mi abuelo respondió: «Sí, quiero predicar una vez más». Mientras moría de cáncer, sólo quería una cosa: predicar una vez más. Tenía preparado un sermón que no había predicado. Eso es algo difícil para un predicador; es fuego en sus huesos. Necesitaba sacárselo.

Mi abuelo había preparado un sermón acerca del cielo y murió sin poder predicarlo jamás. Así que mi papá tomó sus notas, las imprimió y se las pasó a todos en el funeral. De esa manera, mi abuelo predicó acerca del cielo desde el cielo. Ese incidente tuvo un efecto tremendo en mí como joven. Qué hombre tan fiel; hasta el último aliento, todo lo que mi abuelo quería hacer era predicar la Palabra una vez más.

Lo mismo sucedió con mi padre. Durante todo su ministerio fue diligente en predicar la Palabra. Como mencioné antes, me dio una Biblia en la que escribió en la hoja de guarda: «Predica la Palabra». Al

final terminé yendo al Seminario Talbot porque quería estudiar con el doctor Charles Feinberg. El doctor Feinberg era el erudito bíblico más brillante que yo conocía. Por ejemplo, se enseñó a sí mismo holandés en dos semanas para poder leer una teología holandesa. Estudió catorce años para ser rabino y terminó convertido a Cristo. Luego asistió al Seminario Teológico de Dallas, donde obtuvo su doctorado. El doctor Lewis Sperry Chafer, que era el presidente del Seminario Teológico de Dallas en ese momento, dijo acerca de Feinberg que era el único estudiante que llegó al seminario sabiendo más cuando empezó que cuando se fue.

El doctor Feinberg posteriormente asistió a la Universidad Johns Hopkins para obtener un doctorado en arqueología. Tenía una mente inmensa, brillante y amaba la Palabra de Dios. Leía la Biblia cuatro veces al año y estaba absolutamente comprometido con el hecho de que cada palabra de la Escritura es inerrante, inspirada y verdadera. Era el hombre que yo quería que influyera en mi vida.

Durante mi primer año en el seminario, mi primera clase bajo el doctor Feinberg fue introducción al Antiguo Testamento. Fue un curso exigente que incluyó un montón de material tedioso que era difícil de absorber para un atleta universitario que de repente se interesó en la academia. El primer día que un estudiante hizo una pregunta, el doctor Feinberg bajó la cabeza, sin levantar la vista y dijo: «Si no tienes una pregunta más inteligente que esa, no hagas más. Estás tomando un tiempo valioso». ¡No hubo más preguntas ese semestre! Él tuvo todo el tiempo para sí mismo. Era muy serio en cuanto a las cosas de Dios y las Escrituras.

Ese mismo año, Feinberg me asignó a predicar un texto ante el cuerpo estudiantil y la facultad. Trabajé incontables horas para ese sermón. El profesorado se sentaba detrás de uno, escribía notas mientras uno predicaba y después le darían sus críticas. Prediqué el mensaje y pensé que lo había hecho bien. Cuando terminé, el doctor Feinberg me entregó una hoja de papel con una escritura roja en la parte delantera: «Erró por completo el punto más importante del pasaje».

¿Cómo pude hacer eso? ¿Cómo pude errar por completo el punto central? Fue la mejor lección que tuve en el seminario. El doctor

Feinberg estaba molesto y me llamó a su oficina porque quería hacer una inversión en mí y no apreciaba lo que yo había hecho. Después de todo, el manejo correcto de la Palabra de Dios es el punto central del ministerio. Ese día, recibí una enseñanza que nunca he olvidado. Desde entonces, el doctor Feinberg ha estado sentado en mi hombro susurrando: «¡No yerre el punto central del pasaje, MacArthur!»

El día de la graduación, el doctor Feinberg me llamó a su oficina y me dijo: «Tengo un regalo para usted». Agarró una caja grande, en ella estaban los treinta y cinco volúmenes de Keil y Delitzsch, un conjunto de comentarios del Antiguo Testamento hebreo. Me dijo: «Es el conjunto que he usado durante años y años. Tengo todas mis notas en los márgenes; quiero dárselo como regalo». Esta fue una expresión de su amor por mí, pero también fue otra manera de decir: «Ahora no tiene excusa para errar el punto central de un pasaje del Antiguo Testamento».

Uno de los momentos más destacados de mi vida fue cuando la familia del doctor Feinberg me pidió que hablara en su funeral. En alguna parte del camino él debió haberles dicho que pensaba que al fin yo había llegado al sitio en que podía descifrar el punto central de un pasaje. Ahora está con el Señor, pero no quiero hacer nada diferente. Solo quiero seguir haciendo lo que los profetas, apóstoles, predicadores, evangelistas, pastores y misioneros fieles han hecho a través de los siglos. Estoy asombrado ante la audacia de las personas en el ministerio de hoy que se apresuran a descartar el modelo de predicación ordenado por Dios, y mandado por las Escrituras, e inventar el suyo. ¡Qué audacia! ¿Quiénes se piensan que son?

Así que, predique la Palabra por la devoción de los santos que vinieron antes que usted. Póngase en línea, tome el testigo y corra su vuelta.

PREDICAR LA PALABRA
DEBIDO A LA DINÁMICA DE LA ESCRITURA
(3:15-17)

La tercera razón por la que predicamos la Palabra es a causa de la dinámica de la Escritura. Pablo escribió a Timoteo: «Desde la niñez has

sabido las Sagradas Escrituras» (2 Timoteo 3:15). Desde el momento en que Timoteo era un bebé en los brazos de su madre, fue presentado a «los escritos sagrados». Es un término griego judío que se refiere al Antiguo Testamento, *hiera grammata*. Pablo dijo: «Has sabido [el Antiguo Testamento, el cual] te [puede] hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús».

Aunque los padres de Timoteo eran judíos y gentiles, él todavía tenía la influencia de la ley del Antiguo Testamento en su familia. Pablo estaba diciendo que desde que Timoteo era un niño, la ley lo estaba preparando para el evangelio. Los judíos solían decir que sus hijos «bebían» la ley de Dios con la leche de su madre y estaba tan impresa en sus corazones y en sus mentes que más pronto se olvidarían sus nombres que olvidarse de la ley de Dios.

La ley era el tutor que conducía a Cristo, y Timoteo fue criado sobre los sagrados escritos del Antiguo Testamento. Se le había dado la sabiduría que necesitaba para que cuando el evangelio se predicara, lo aprehendiera porque su comprensión de la ley del Antiguo Testamento lo capacitaba para ello. En última instancia, Pablo estaba diciendo: «Tú sabes que la Palabra de Dios tiene el poder de guiarte a la salvación. ¿Qué otra cosa predicarías?» Porque es más cortante que cualquier espada de dos filos (Hebreos 4:12). Pedro declaró: «Ustedes han nacido de nuevo... mediante la palabra de Dios que vive y permanece» (1 Pedro 1:23). Es el poder de la Palabra lo que convierte el alma y produce la salvación.

Uno se compromete a predicar la Palabra cuando entiende que ella es el poder que convierte el alma. Si usted no predica la Palabra, entonces es porque no cree que es la única fuente de salvación y santificación, no importa lo que pueda afirmar de otra manera. En 2 Timoteo 3:16-17 leemos: «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios [y todo el que siga su modelo] esté enteramente capacitado para toda buena obra». Es el poder de la Palabra lo que salva y santifica. Provee doctrina, reprueba el error y el pecado, endereza y entrena en el camino de la justicia. Esa es la secuencia.

A través de la predicación de la Palabra, usted establece el fundamento de la doctrina para reprobado el error y el pecado. En el texto griego original, esto habla de poner en pie a alguien que ha caído. Usted lo recoge, corrige su error y su iniquidad, y luego lo coloca en el camino de la rectitud. Usted lo entrena para vivir una vida obediente. Es la Palabra lo que hace completo al hombre de Dios y a todos los que siguen su modelo. Los prepara espiritualmente. Eso es lo que llamamos la suficiencia de la Escritura; la Palabra de Dios salva completamente y santifica completamente. ¿Qué otra cosa se podría usar? No puedo comprender por qué alguien usaría otra cosa que la Palabra que salva y santifica.

**PREDICAR LA PALABRA
DEBIDO A LA DEMANDA DEL SOBERANO
(4:1-2)**

La siguiente razón, predicamos la Palabra debido a la demanda del Soberano. 2 Timoteo 4:1 es un versículo aterrador que me llena de temor santo. Debería aterrorizar a todo predicador. Ese versículo nos ayuda a entender por qué John Knox, antes de subir al púlpito para predicar, caía sobre su rostro y estallaba en lágrimas de temor. Temía con reverencia que distorsionara la verdad; sabía que estaba bajo el escrutinio divino. Pablo escribió: «En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir en su reino y que juzgará a los vivos y a los muertos, te doy este solemne encargo: Predica la palabra». El mandato «te doy este solemne encargo» es muy en serio. Pablo le estaba ordenando a Timoteo —y a todos los predicadores— con toda solemnidad y seriedad.

«Mi amigo», dijo Pablo, «estás bajo el escrutinio de Dios, el que va a juzgar a todos los que están vivos y a todos los que han muerto». La construcción griega aquí puede ser presentada «en la presencia de Dios, sí, Jesucristo», puesto que Él es presentado como juez en el versículo. Estamos predicando bajo el escrutinio del juez omnisciente y santo. Estoy de acuerdo con lo que Pablo escribió en 1 Corintios 4:3-4: «Muy poco me preocupa que me juzguen ustedes o cualquier tribunal

humano... el que me juzga es el Señor». Un predicador no puede forjar su fidelidad basado en que a sus oyentes les guste o no su sermón. Él puede apreciar los elogios de sus oyentes y escuchar sus críticas pero, al final, debe predicar para honrar a Aquel que es el juez. Es Cristo quien revelará las cosas secretas del corazón. Él dará una recompensa a los que son dignos de ella, solo su juicio cuenta.

Un reportero me preguntó una vez: «¿Para quién prepara sus sermones?» Le dije: «Para ser sincero contigo, los preparo para Dios. Él es el juez delante del cual tengo que estar de pie. Él es el que realmente cuenta. Quiero tener el mensaje correcto delante de Él. No quiero tomar la Palabra del Dios viviente y de alguna manera corromperla, o reemplazarla por mis propias reflexiones».

El autor de Hebreos dice: «Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, pues cuidan de ustedes como quienes tienen que rendir cuentas» (13:17). Todo ministro tendrá que rendir cuentas algún día ante el Señor. Quiero dar lo mejor al Señor y edificar sobre el fundamento con oro, plata y piedras preciosas (1 Corintios 3:12). Quiero recibir esa recompensa que evidencia mi amor por Él, una recompensa que puedo poner a sus pies en honor y alabanza. Algún día todos estaremos ante ese tribunal para el momento en que recompense nuestros trabajos.

Este asunto de la predicación es algo muy serio para mí. A veces la gente me dice: «Pasas mucho tiempo preparándote. ¿Por qué?» ¡Porque la Palabra de Dios lo merece! Podríamos pasar con menos puesto que nuestros oyentes no tienen grandes expectativas. Con la mayoría de los oyentes, algunas buenas historias lograrán satisfacerlos. Pero con Dios, la tarea de predicar es otra cosa. Cuando predicamos, debemos tenerlo a Él en mente y honrar su verdad.

PREDICAR LA PALABRA
POR EL ENGAÑO DE LO SENSUAL
(4:3-4)

Otra razón por la que debemos predicar la Palabra es debido a lo engañoso de lo sensual. El gran enemigo de la Palabra de Dios es cualquier

cosa fuera de la Palabra de Dios; por ejemplo: la palabra de Satanás, la palabra de los demonios y la palabra del hombre. Vivimos en épocas peligrosas inventadas por espíritus seductores y mentirosos e hipócritas. En 2 Timoteo 4:3, Pablo identifica para nosotros lo que hace posible que los falsos maestros sean exitosos: «Llegará el tiempo en que no van a tolerar la sana doctrina». La gente no querrá oír una enseñanza sana y saludable. No querrán enseñanzas profundas y sólidas de la Palabra. Solo querrán que le cosquilleen sus oídos. Ellos serán impulsados por lo sensual, no por lo cognitivo. No se interesarán en la verdad ni en la teología. Al contrario, van a querer sensaciones de cosquilleo en sus oídos en vez de las grandes verdades que salvan y santifican. Según 2 Timoteo 2:16, la gente querrá oír el parloteo mundano y vacío que produce impiedad y se propaga como gangrena.

Estamos en tal época ahora. La gente dice que enseñar la doctrina y ser claro acerca de la Palabra de Dios es divisivo, poco amoroso y orgulloso. El estado de ánimo prevaleciente en la cultura occidental posmoderna es que cada uno determina la verdad para sí mismo y la opinión de cada uno es tan válida como la de todos los demás. No hay espacio para una doctrina absoluta y autorizada. Ese es otro «ismo» que puede agregar a la lista de épocas peligrosas, el relativismo.

No quedará ninguna iglesia que pelee cualquier cosa si no preservamos la verdad.

Incluso la iglesia cristiana evangélica ha sido víctima de ese plan. Muchos cristianos están dispuestos a hablar contra el aborto, la homosexualidad y la eutanasia. Están dispuestos a luchar por las libertades religiosas en Estados Unidos y, entre otras cosas, a preservar la oración en las escuelas. Pero la peor forma de maldad es la perversión de la verdad de Dios; es decir, la doctrina errónea y la falsa enseñanza. La iglesia hoy trata el error espiritual con indiferencia como si fuera inofensivo, como si una interpretación correcta de la Escritura fuera innecesaria.

Mientras muchos cristianos están luchando contra cuestiones eventuales, están regalando las verdades esenciales que definen nuestra fe. Eso es suicidio. No quedará ninguna iglesia que pelee cualquier cosa si no preservamos la verdad.

La capacidad para distinguir entre la verdad y el error es absolutamente crítica. Usted no puede hablar la verdad ni guardarla si no la entiende. Es por eso que en nuestra iglesia empezamos el Seminario del Maestro, para entrenar a hombres que puedan hacer eso. Estos hombres no se preocupan por averiguar lo que es culturalmente relevante. Ellos van por todo el mundo con la Palabra de Dios, clasifican los asuntos y traen la verdad de Dios sobre la sociedad en la que viven. No importa qué idioma usted hable o dónde viva, cada uno de los que le rodean está en la misma condición de necesidad, destituido espiritualmente delante de Dios. Y la verdad de Dios trasciende todas las culturas.

Vivimos en una época en que los falsos maestros no quieren decirle la verdad a la gente. No quieren llamar al error por su nombre: «error». No quieren enfrentar al pecado porque lo «aman». Pero los falsos maestros no aman a sus oyentes. Si lo hicieran, buscarían el mejor y más alto bien para todos y proclamarían la verdad de la Palabra de Dios.

Si yo digo: «No creo que confrontarlos sea amoroso», entonces no amo a la gente. Más bien, me estoy amando a mí mismo; estoy más preocupado porque la gente guste de mí que por decir la verdad. Es más amoroso confrontar el error de la gente y mostrarles la verdad que puede llevarlos a las bendiciones y al bienestar que produce el mayor bien de Dios en sus vidas. Al contrario, tenemos una pérdida de la verdad, una pérdida de la convicción, una pérdida del discernimiento, una pérdida de la santidad, una pérdida del poder divino y una pérdida de la bendición; todo porque la gente quiere que le cosquilleen sus oídos. «Cuéntame un poco sobre el éxito. Cuéntame algo sobre la prosperidad. Dame algo de emoción. Eleva mis sentimientos de bienestar, autoestima y estreméceme emocionalmente». En 2 Timoteo 4:3 dice que esas personas «se rodearán de maestros que les digan las novelorías que quieren oír». El mercado crea la demanda.

Como dijera Marvin Vincent en *Word Studies in the New Testament*: «En los períodos de fe inestable, de escepticismo y de especulaciones curiosas en materia de religión, los maestros de todo tipo pululan como las moscas en Egipto. La demanda crea la oferta. Los oyentes invitan y forman a sus propios predicadores. Si la gente desea un becerro para adorar, siempre se puede encontrar un fabricante de becerros ministeriales».³

Estuve en Florida en el tiempo en que la gente era estremecida por la locura que estaba ocurriendo en nombre del avivamiento; las personas daban vueltas alrededor y hacían como que buceaban en el suelo girando y hablando de manera extraña e ininteligible. Permanecían diciendo: «Esto es obra de Dios». ¿Puedo ser sincero con usted? Tal comportamiento es una ofensa a nuestro Dios racional, revelador de la verdad. Es una ofensa a la verdadera obra de su Hijo. Usar los nombres de Dios, de Cristo o del Espíritu Santo en cualquier orgía sin sentido y emocional marcada por comportamiento irracional, sensual y carnal producido por estados alterados de conciencia, presión de grupo, aumento de la expectativa o sugestión, es una ofensa a la verdadera obra del Espíritu Santo. Eso es manipulación socio-síquica, mesmerismo; es una prostitución de la revelación gloriosa de Dios enseñada con claridad y poder a una mente ansiosa, atenta y controlada.

Lo que nutre los deseos sensuales de forma pragmática o extática no puede honrar a Dios. Usted tiene que predicar la verdad a la mente. Allí es donde se libra la verdadera batalla. Así que nosotros, los que somos predicadores, tenemos que traer a Dios a la gente a través de su Palabra. Esa es la única manera en que podemos hacerlo. La gente está hambrienta del conocimiento de Dios; simplemente que no lo saben. Pero cuando empezamos a entregar la verdad, se enteran. J. I. Packer dijo, acerca del expositor bíblico Martyn Lloyd-Jones, lo siguiente: «Él trajo más conocimiento de Dios que cualquier otro hombre».⁴ ¡Qué elogio!



ORACIÓN

Padre, te damos gracias porque no necesitamos vagar entre la neblina en cuanto a la dirección en el ministerio. Te agradecemos que nos lo hayas aclarado. Te damos gracias porque estás levantando hombres que proclamarán la verdad. Te damos gracias, Padre, por su devoción y compromiso con el cumplimiento de este mandato.

Oh Señor, concédeles poder, fidelidad e integridad y eficacia mientras se esfuerzan por servirte y llevar a cabo esta comisión. Te damos gracias por los hombres que enfrentarán las épocas peligrosas, que mantienen la devoción hacia los santos que fueron antes que ellos y que fueron fieles, hombres que expresarán la dinámica de la Palabra, que cumplirán con su responsabilidad ante ti como su Soberano y que confrontarán los deseos del mundo sensual con la verdad poderosa y racional de la Escritura. Padre, sigue levantándolos. Te damos toda la gloria en el nombre de Cristo. Amén.